

—Buenos días, señorita y compañía,—dijo el conductor,—le traigo á usted una prima que es, á decir verdad, muy linda. Tiene usted que darme cuarenta y siete francos. Aunque la pequeña no viene muy equipada, hágame el favor de firmarme el recibo de la entrega.

La señorita Silvia y su hermano se entregaron á su alegría y asombro.

—Dispensen ustedes, pero el coche me espera, y le ruego que me firmen la hoja y que me den cuarenta y siete francos y sesenta céntimos... y lo que quieran para el conductor de Nantes y para mí, que hemos cuidado de la pequeña como si fuera hija nuestra. Hemos tenido que anticiparle el importe de la cama, de la comida, de un asiento para Provins y algunas otras cosas.

—¡Cuarenta y siete francos y sesenta céntimos!—dijo Silvia.

—¿Quiere usted acaso regatear?—exclamó el conductor.

—Pero ¿y la factura?—dijo Rogrón.

—¿La factura? vea usted la hoja.

—Echa la cuenta y paga,—dijo Silvia á su hermano.

—¿No ves que tiene prisa ese hombre?

Rogrón fué á buscar los cuarenta y siete francos y sesenta céntimos.

—Y ¿no hay nada para mi compañero y para mí?—dijo el conductor.

Silvia sacó dos francos de las profundidades de su vieja bolsa de terciopelo, donde sonaban las llaves.

—Gracias, guárdelos usted,—dijo el conductor.—Pero ferimos haber cuidado de la niña por ella misma.

Y tomando su hoja, salió diciendo á la criada:

—¡Vaya una casa! ¡Al parecer, no sólo en Egipto ha cocodrilos!

—¡Qué gente más grosera!—dijo Silvia al oír este dicho.

—¡Diantre! ¡si han cuidado de la pequeña!—respondió Adela poniendo los brazos en jarra.

—¿Qué importa que diga lo que quiera? Después de todo, no volveremos á verlo en toda nuestra vida,—dijo Rogrón.

—¿Dónde la acostarán ustedes?—dijo la criada.

Tal fué la llegada y la recepción de Petrilla Lorrain á casa de sus primos, que la miraban con aire asombrado, y en cuya casa fué arrojada como un bulto, sin ninguna transición entre el deplorable cuarto en que vivía en San Jacobo, al lado de sus abuelos, y el comedor de sus primos, que le pareció el de un palacio. La pobre niña estaba allí cohibida y avergonzada. Para otros que no fuesen los ex merceros, la pequeña bretona hubiera estado adorable con su falda de toSCO paño azul, con su mandil de percalina color rosa, sus gruesos zapatos, sus medias azules, su pañoleta blanca y sus manos rojas envueltas en mitones de lana roja, bordados de blanco, que el conductor le había comprado. A decir verdad, su gorro bretón, que había sido lavado y planchado en París, formaba una especie de aureola á su alegre rostro. Este gorro nacional, de fina batista, guarnecido de encaje y formando grandes pliegues, es tan lindo y sencillo, que merecería una descripción. La luz, tamizada por la tela y el encaje, comunica á la tez una penumbra y una media obscuridad y le da esa gracia virginal que tanto buscan los pintores y que Leopoldo Robert supo encontrar para la cara rafaélica de la mujer que tiene un niño en brazos en el cuadro *Los Segadores*. Bajo este marco festoneado de luz brillaba una cara blanca y rosácea, sencilla y animada por la salud más vigorosa. El calor de la habitación hizo acudir á su cara la sangre, que comunicó su color de fuego á sus dos lindas orejas, á sus labios y á la delicada punta de la nariz.

—Vamos, ¿no nos dices nada?—dijo Silvia.—Yo soy tu prima Rogrón, y este tu primo.

—¿Quieres comer?—le preguntó Rogrón.

—¿Cuándo saliste de Nantes?—le dijo Silvia.

—Es muda—dijo Rogrón.

—¡Pobrecilla! ¡no viene muy provista!—exclamó la gruesa Adela abriendo el paquete hecho con un pañuelo por el anciano Lorrain.

—Vamos, abraza á tu primo—dijo Silvia.

Petrilla abrazó á Rogrón.

—Vaya, abraza á tu prima—dijo Rogrón.

Petrilla abrazó á Silvia.

—La pobre está aturdida por el viaje. Acaso tengo sueño—dijo Adela.

Petrilla sintió de pronto por sus dos parientes una viva repulsión, sentimiento este que aún no le había inspirado nunca nadie. Silvia y la criada fueron á acostar á la pequeña al cuarto del segundo piso donde Brigaut había visto la cortina de indiana blanca. Había allí una cama de hierro pintada de azul, con pabellón de indiana, una cómoda de nogal sin cubierta de mármol, una mesita de nogal, un espejo, una mala mesa de noche y tres malas sillas. Las paredes estaban cubiertas con un mal papel azulado sembrado de flores negras. El piso, barrido y fregado, helaba los pies, y no había allí más alfombra que una pequeña estera. La chimenea, de mármol común, estaba adornada de un espejo, dos candeleros de cobre dorado y una vitrina con copa de alabastro donde había dos palomas para figurar las asas, y que Silvia tenía en París en su habitación.

—¿Estarás bien aquí, hijita mía?—le dijo su prima.

—¡Oh! ¡qué hermoso es este cuarto!—dijo la niña con su argentina voz.

—¡Pobrecilla! no es difícil de contentar—murmuró la criada.—¿No hay que calentarle la cama?

—Sí—dijo Silvia,—pueden estar húmedas las sábanas.

Adela volvió á poco con un gorro de dormir, al mismo tiempo que traía el calentador, y Petrilla, que se había acostado hasta entonces en gruesa tela bretona, quedó sorprendida de la finura y suavidad de las sábanas de algodón. Cuando la pequeña estuvo instalada y acostada, Adela, al bajar, no pudo menos de exclamar:

—Señorita, su equipaje no vale ni tres francos.

Desde la adopción de su sistema económico, Silvia había querido permanecer en el comedor á su criada, á fin de no gastar más que una luz y un solo fuego. Pero cuando el coronel Gouraud y Vinet llegaban, Adela se retiraba á la cocina. La llegada de Petrilla animó el resto del día.

—Desde mañana mismo habrá que empezar á hacer un ajuar, porque no tiene nada—dijo Silvia.

—No tiene más que los gruesos zapatos que pesan una libra—dijo Adela.

—En ese país son así—dijo Rogrón.

—Señorita, ¡cómo miraba el cuarto, á pesar de no ser tan bueno como corresponde á una prima de usted!

—Calle usted, que ya es bueno,—dijo Silvia;—¿no ha visto como lo miraba encantada?

—¡Dios mío! ¡qué camisas! ¡esto debe arañarle la piel! Me parece que nada de esto podrá aprovecharse—dijo Adela deshaciendo el paquete de ropa de Petrilla.

Amo, ama y criada estuvieron ocupados hasta las diez en decidir la clase de percal y el precio de las camisas, el número de pares de medias, la clase de ropas, la cantidad de faldas y sayas, y en calcular el precio del ajuar de Petrilla.

—Lo menos te costará todo trescientos francos—dijo á su hermana Rogrón, que retenía el precio de cada cosa é iba adicionándolo de memoria, según su antigua costumbre.

—¿Trescientos francos?—exclamó Silvia.

—Sí, trescientos; echa la cuenta.

El hermano y la hermana empezaron de nuevo, y calcularon trescientos francos sin las hechuras.

—¡Trescientos francos de un golpe!—dijo Silvia, acostándose con la idea ingeniosamente expresada por esta expresión casi proverbial.

Petrilla era una de esas hijas del amor, que el amor ha dotado con su ternura, su vivacidad, su alegría, su nobleza y su abnegación. Nada había alterado ni herido aún su corazón, dotado de una delicadeza casi salvaje, y la acogida de sus dos parientes se lo comprimió dolorosamente. Si Bretaña había estado para ella llena de miseria, en cambio había estado también llena de afecto. Si los ancianos Lorrain habían sido los comerciantes más torpes, en cambio eran los viejos más amantes, más francos y más cariñosos del mundo, como suelen serlo todas las gentes desinteresadas. En Pen-Hoel su nieta no había recibido más educación que la de la naturaleza. Petrilla

paseábase á su antojo en barca por los estanques, y corría por la aldea y por los campos en compañía de Anton Brigaut, su compañero, enteramente lo mismo que Paloma y Virginia. Agasajados, acariciados ambos por todo el mundo y libres como el aire, disfrutaban de los mil gozos de la infancia: en verano iban á ver pescar, cazaban insectos, cogían ramilletes y plantaban flores; en invierno patinaban y fabricaban alegres palacios, muñecos ó bolas de nieve con las cuales se batían. Bienvenidos siempre recogían en todas partes sonrisas. Cuando llegó el tiempo de aprender, empezaron los desastres. Sin recursos después de la muerte de su padre, Jacobo fué puesto por sus parientes de aprendiz en casa de un carpintero y alimentado por caridad, como lo fué más tarde Petrilla en San Jacobo. Pero hasta en aquel hospicio la linda Petrilla había sido mimada, protegida y acariciada por todo el mundo. Aquella pequeña, acostumbrada á tanto cariño, no encontraba en casa de aquellos parientes tan deseados, en casa de aquellos parientes tan ricos, aquel aire, aquellas palabras, aquellas miradas y aquellos modales que todo el mundo sin exceptuar los extraños ni los conductores de la diligencia, tenían para ella. De suerte que su asombro, gran cosa ya, aumentó con el cambio de atmósfera moral en que penetraba. El corazón, como el cuerpo, siente repentinamente frío ó calor. Sin saber por qué, la niña sintió deseos de llorar: estaba cansada y se durmió. Acostumbrada á levantarse temprano, como todas las niñas educadas en el campo, Petrilla se despertó al día siguiente dos horas antes que la cocinera, se vistió, pateó en su cuarto, situado encima del de su prima, miró la plazoleta, intentó bajar y quedó admirada de la belleza de la escalera, examinó sus detalles, sus cobres, sus adornos, sus pinturas, etc., y después bajó, no pudo abrir la puerta del jardín, volvió á subir y volvió á bajar cuando Adela estuvo despierta, y, penetrando en la huerta, tomó posesión de ella y llegó hasta el río contempló admirada el kiosco, penetró en él, y tuvo por asombrarse y admirarse de cuanto veía hasta la hora en que se levantó su prima. Durante el almuerzo su prima le dijo

—Hermosa mía, ¿eras tú la que trotabas al amanecer por la escalera y la que hacía aquel ruido? Me has despertado de tal modo, que no he podido reconciliar el sueño. Tendrás que ser más formal y juiciosa y divertirte sin hacer ruido. A tu primo no le gusta el barullo.

—Y has de tener cuidado también con los pies—le dijo Rogrón.—Has entrado con los zapatos sucios en el kiosco y has dejado marcados allí tus pasos. A tu prima le gusta la limpieza. Una muchacha grande como tú debe ser limpia. ¿Acaso no eras limpia en Bretaña? ¡Ah! pero si es verdad, ahora me acuerdo que cuando yo iba á comprar hilo allí, daba pena ver aquellos salvajes. Pero lo que es indudable, es que tiene buen apetito,—dijo Rogrón mirando á su hermana.—Cualquiera diría que no ha comido en tres días.

De esta suerte, desde el primer momento, Petrilla se sintió herida por las observaciones de sus primos, y herida sin saber por qué. Su recta y franca naturaleza, abandonada hasta entonces á sí misma, no conocía la reflexión. Incapaz de ver en qué pecaban su primo y su prima, la niña debía ser iluminada lentamente por los sufrimientos. Después de almorzar, sus primos, satisfechos del asombro de Petrilla y deseosos de gozar de él, le mostraron su hermoso salón para enseñarle á respetar sus suntuosidades. A causa de su aislamiento, é impulsados por esa necesidad moral de interesarse por algo, los solterones son propensos á reemplazar los afectos naturales por los afectos ficticios, y á poner su cariño en perros, gatos, canarios, su criado ó su director. De modo que Rogrón y Silvia habían llegado á sentir un amor inmoderado por su mobiliario y por su casa, que tan caros les habían costado. Silvia había acabado por ayudar á Adela por las mañanas, so pretexto de que ésta no sabía limpiar los muebles, frotarlos y mantenerlos en buen estado. Esta limpieza no tardó en ser una ocupación para ella, y los muebles, lejos de perder su valor, ganaban. Servirse de ellos sin usarlos, sin mancharlos, sin rayarlos y sin que perdiesen el barniz: tal era el problema. Esta ocupación

no tardó en ser una manía de solterona. Silvia tenía un armario trapos de lana, cera, barniz, cepillos; aprendió á manejar todo esto tan bien como un ebanista, y tenía sus plumeros, sus paños para frotar, en una palabra, era tan diestra, que llegó á hacer todas estas operaciones sin riesgo alguno de estropearlos. La mirada de sus ojos azules, firme y rígida como el acero, penetraba hasta debajo de los muebles á cada paso, hasta el punto que hubieseis encontrado mejor una cuerda sensible en su corazón, que una broza bajo una poltrona.

Después de lo que se había dicho en casa de la señora Thipaine, Silvia no pudo recular ante los trescientos francos. Durante la primera semana, la solterona estuvo, pues, enteramente ocupada, y Petrilla incesantemente distraída con la compra de las ropas, camisas y sayas y con la hechura de los vestidos. Petrilla no sabía coser.

—Vaya una educación que ha recibido—dijo Rogrón.—¿De modo que no sabes hacer nada, corcita mía?

Petrilla, que sólo sabía amar, hizo por toda respuesta un bonito gesto de muñeca.

—Pues ¿en qué pasabas el tiempo en Bretaña?—le preguntó Rogrón.

—Jugaba,—le respondió la niña sencillamente.—Todo el mundo jugaba conmigo. Mi abuelito y mi abuelita me contaban cuentos. ¡Ahl! ¡cuánto me querían!

—Sí,—respondió Rogrón,—vaya, hacías lo que te daba la gana.

Petrilla no comprendió la importancia de este dicho y abrió los ojos con asombro.

—Es estúpida como un ganso,—dijo Silvia á la señora Borain, que era la costurera más hábil de Provins.

—¡Es tan joven!—dijo la obrera mirando á Petrilla, cuyo hocico estaba tendido hacia ella con aire astuto.

Petrilla prefería las obreras á sus parientes, se mostraba cariñosa con ellas, las miraba trabajar y les decía esas lindezas que constituyen las flores de la infancia y que Rogrón y Silvia comprimían ya con el miedo, pues gustaban de inspirar á sus subordinados un saludable temor.

Las obreras estaban encantadas de Petrilla. Sin embargo, el ajuar no se completaba sin que los solterones, por su parte, soltasen terribles interjecciones.

—Esta pequeña nos va á costar los ojos de la cara—decía Silvia á su hermano.

—Estate quieta, hija mía. ¡Qué diablo! no olvides que es para ti y no para mí—decía la solterona á Petrilla cuando le tomaba medida de algún vestido.

—Vamos, deja trabajar á la señorita Borain, que no eres tú la que ha de pagarle el jornal—gritaba á veces cuando Petrilla le pedía algo á la modista.

—Señorita—preguntaba la Borain,—¿hay que coser esto con punto atrás?

—Sí, hágalo usted con punto fuerte, que no deseo tener que hacer todos los días un ajuar semejante.

Ocurrió con la prima como con la casa. Petrilla tenía que ir tan bien compuesta como la niña de la señora Garceland, y tuvo borceguies á la moda, de piel bronceada, como los que tenía la pequeña Tiphaine, y tuvo, además, medias de algodón muy finas, un magnífico corsé, una bata de seda azul, una bonita esclavina forrada de tafetán blanco, á fin de poder competir con la pequeña de la señora Julliard; y tenía tanto Silvia el examen y las miradas de las madres de familia, que el interior guardó perfecta armonía con el exterior. Petrilla tuvo bonitas camisas de madapolán. La señorita Borain dijo que las niñas de la señora del subprefecto llevaban pantalones de percal bordados y guarnecidos, y, en su consecuencia, Petrilla tuvo pantalones con encajes. Le compraron, además, una bonita capota azul forrada de satín blanco, semejante á la de la pequeña Martener. Petrilla fué de este modo la niña más deliciosa de Provins. El domingo, en la iglesia, al salir de misa, todas las damas la besaron. Las señoras Tiphaine, Garceland, Galardón, Auffray, Lesourd, Martener, Guepin y Julliard se volvieron locas con la encantadora bretona. Estos agasajos halagaron el amor propio de la solterona Silvia, que, en su esplendidez, se dejó llevar, más bien que por Petrilla, por un triunfo

de vanidad. Silvia, sin embargo, debía acabar por ofenderse de los éxitos de su prima, y he aquí cómo: iban á pedirle á Petrilla, y ella, para triunfar de aquellas damas dejaba salir á su prima, que hacía partidas de juego y comedias con las hijas de aquellas señoras. Petrilla obtuvo, pues, infinitamente más éxito que los Rogrón. La señorita Silvia se extrañó de ver que Petrilla era llamada á casa de las otras, sin que éstas viniesen nunca á buscarla. La sencilla niña no disimulaba los placeres que gozaba en casa de las señoras Tiphaine, Martener, Galardón, Julliard, Lesourd, Auffray y Garceland, cuya amistad contrastaba extraordinariamente con las impertinencias de sus primos. Una madre se hubiera considerado muy feliz con la alegría de su hija; pero los Rogrón habían tomado á Petrilla por ellos y no por ella: sus sentimientos, lejos de ser paternales, estaban impregnados de egoísmo y de una especie de explotación comercial.

El hermoso ajuar, las bellas ropas de los domingos y los trajes para diario empezaron á constituir la desgracia de Petrilla. Como todos los niños libres en sus diversiones y acostumbrados á seguir las inspiraciones de sus caprichos, Petrilla gastaba demasiado pronto los zapatos, los botines, los guantes, los trajes y, sobre todo, los pantalones de encaje. Cuando una madre riñe á un hijo, no piensa más que en él, su palabra es dulce y no se torna agria á no ser cuando el niño ha cometido grandes faltas; pero en la gran cuestión de los vestidos, los escudos de los dos primos eran la principal razón: se trataba de ellos y no de Petrilla. Los niños tienen un olfato canino para percibir las culpas de aquellos que les gobiernan, y comprenden admirablemente si son amados ó tolerados. Los corazones puros sienten aún más estas faltas. Un niño no comprende aún el mal, pero sabe cuándo se hiere el sentimiento de lo bello que la naturaleza ha puesto en él. Los consejos que recibía Petrilla acerca del comportamiento que debían tener las muchachas bien educadas, de la modestia y de la economía, eran el corolario de este tema principal: ¡Petrilla no arruina! Estos regaños, que tuvieron funestos resultados

para Petrilla, llevaron á los dos solterones al antiguo carril comercial de donde habían salido para venir á Provins y donde su naturaleza iba á expansionarse y á florecer. Acostumbrados á regentar, á hacer observaciones, á mandar y á reprender agriamente á sus dependientes, Rogrón y su hermana se consumían por falta de víctimas. Los espíritus mezquinos sienten necesidad de ejercer el despotismo para dar gusto á sus nervios, de igual modo que las grandes almas necesitan de la igualdad para dar satisfacción á su corazón. Pero los seres mezquinos se expansionan lo mismo con la persecución que con la caridad: puede atestigüarse su poder sobre otro mediante un imperio cruel ó caritativo; pero se inclinan siempre hacia el lado á que les empuja su temperamento. Añadid á esto el vehículo del interés, y tendréis el enigma de la mayor parte de las cosas sociales. Petrilla pasó á ser desde entonces extraordinariamente necesaria para la existencia de sus primos. A raíz de su llegada, los Rogrón habían estado muy ocupados con el ajuar y retenidos luego por la novedad de su pequeña comensal. Toda cosa nueva, sea un sentimiento ó sea un dominio, tiene que ir por sus pasos contados. Silvia empezó por decir á Petrilla *hija mía*, y después substituyó el *hija mía* por *Petrilla á secas*. Las reprimendas, agridulces al principio, se hicieron vivas y duras. Una vez en esta senda, el hermano y la hermana hicieron rápidos progresos: ¡ya no se aburrían! No fué que se pusiesen de acuerdo para ser malvados y crueles, sino que siguieron el instinto de una tiranía imbécil. Los dos hermanos se creyeron útiles á Petrilla, como se creían útiles antaño á sus aprendices. Petrilla, cuya sensibilidad verdadera, noble y expresiva era el antípoda de la sequedad de los Rogrón, sentía horror por sus reproches, y la ofendían de tal modo, que las lágrimas mojaban inmediatamente sus hermosos y puros ojos. La pobre niña tuvo que llorar mucho antes de reprimir su adorable vivacidad, que tanto agradaba fuera de casa, y la pobre la desplegaba únicamente en casa de las madres de sus amiguitas; pero en la suya, al cabo de un mes de llegar, comenzaba á es-

tar pensativa, y Rogrón le preguntó si estaba enferma. Al oír esta extraña interrogación, la huérfana se fué al extremo del jardín para llorar allí á orillas del río, donde sus lágrimas cayeron como ella misma debía caer un día en el torrente social. Un día, á pesar de sus cuidados, la niña se hizo un siete en su hermoso vestido de terciopelo, en casa de la señora Tiphaine, adonde había ido á jugar, é inmediatamente rompió en amargo llanto previendo la cruel reprimenda que la esperaba en su hogar. Interrogada en medio de sus lágrimas, se le escaparon algunas palabras acerca de su terrible prima. La hermosa señora Tiphaine tenía seda semejante y zurció ella misma el siete. La señorita Rogrón supo la jugada que, según ella, le había hecho aquella satánica muchacha, y desde aquel momento no quiso ya que Petrilla frecuentase á aquellas *damas*.

La nueva vida que iba á llevar Petrilla en Provins debía dividirse en tres fases muy distintas. La primera, ó sea aquella en que una especie de dicha estuvo mezclada con las caricias frías de los dos solterones y con los regaños agrios para ella, duró tres meses. La prohibición de ir á ver á sus amiguitas, fundada en la necesidad de empezar á aprender todo lo que debía saber una joven bien educada, terminó la primera fase de la vida de Petrilla en Provins, única época en que la existencia le pareció soportable.

Estos movimientos interiores, originados en los Rogrón por la permanencia de Petrilla, fueron estudiados por Vinet y por el coronel con la precaución de dos zorras que se proponen entrar en un gallinero y que están inquietas al ver en él un ser nuevo. Ambos iban á aquella casa de cuando en cuando para no asustar á la señorita Silvia, hablaban con Rogrón bajo diversos pretextos é iban tomando posesión de aquella morada con una reserva y una maña que hubiesen sido admiradas por el gran Tartufo. El día mismo en que Silvia se había negado á confiar á Petrilla á la hermosa señora Tiphaine en términos muy amargos, el coronel y el abogado pasaron la velada en casa de los Rogrón. Al saber esta negativa, estos dos sujetos se miraron como hombres que conocían Provins.

—Esa señora ha querido indudablemente jugarle á usted alguna mala pasada—dijo el abogado.—Hace ya tiempo que habíamos advertido á Rogrón lo que le está ocurriendo. Con esas gentes nunca conseguirán ustedes nada bueno.

—¿Qué quieren ustedes esperar del partido antinacional?—exclamó el coronel atusándose el bigote é interrumpiendo al abogado.—Si nosotros hubiéramos procurado malquistarles con ellos, hubieran ustedes pensado que nosotros teníamos motivos de odio para hablarles de este modo. Señorita, si es usted aficionada á reuniones, ¿por qué no forma usted una partida de *boston* todas las noches en su casa? ¿Cree usted imposible reemplazar á cretinos como los Julliard? Vinet y yo sabemos jugar al *boston* y acabaremos por encontrar un cuarto. Vinet le presentará á su mujer, que es persona muy fina, como perteneciente á los Chargebœuf, y usted no hará como esos pedantes de la villa alta y no pedirá vestidos de duquesa á una buena madre á quien la infamia de su familia obliga á hacer todo en su casa, y que une el valor del león á la dulzura del cordero.

Silvia Rogrón mostró sonriendo sus grandes y amarillos dientes al coronel, el cual soportó admirablemente este horrible fenómeno y hasta llegó á afectar un aire adulatorio.

—Si no somos más que cuatro, el *boston* no podrá formarse todas las noches—respondió ella.

—¿Qué quiere usted que haga un viejo regañón como yo que no tiene más que hacer que comerse la paga? El abogado está siempre libre por las noches. Además, yo le prometo que tendrá usted más gente—añadió con aire misterioso.

—Bastaría para ello con ponerse francamente contra los ministeriales de Provins, y hacerles frente,—dijo Vinet.—Ya verían ustedes cuánto les querían en Provins y cuántos partidarios tendrían. Además, oponiendo su salón al de los Tiphaine, les harían rabiar mucho. Si los otros se rien de nosotros, nosotros nos reiremos de los demás.

¡Qué poca consideración le guarda á usted esa pandilla! —¿Cómo?—preguntó Silvia.

En provincias existe más de una válvula por la que pasan los chismes de una sociedad á otra. Vinet conocía todas las críticas que se habían hecho de los Rogrón en los salones de que éstos estaban á la sazón desterrados. El juez suplente y el arqueólogo Desfrondilles no pertenecían á ningún partido. Este juez, como algunas otras personas independientes, siguiendo las costumbres de provincias, contaba todo lo que había oído decir, y Vinet había sacado provecho de estos dichos. Este malicioso abogado envenenó las bromas de la señora Tiphaine repitiéndolas. Revelando las burlas de que Rogrón y Silvia habían sido objeto, encendió la cólera y despertó el espíritu de venganza en aquellas dos naturalezas secas que necesitaban alimento para sostener sus pasioncillas.

Algunos días después, Vinet llevó á casa de los Rogrón á su mujer, persona bien educada, tímida, ni fea ni bonita, muy amable y sumamente apenada con su desgracia. La señora Vinet era rubia, un poco ajada por los cuidados de su pobre casa, é iba vestida con mucha sencillez. Ninguna mujer podía agrandar más á Silvia. La señora Vinet soportó los humos de Silvia y se rebajó ante ella como mujer acostumbrada á rebajarse. En su bombeada frente, en sus mejillas de rosa de Bengala, en sus miradas cariñosas y melancólicas se veían las huellas de esas meditaciones profundas y de ese pensamiento perspicaz que las mujeres acostumbradas á sufrir ocultan bajo un silencio absoluto. La influencia del coronel, que desplegaba para Silvia mil gracias cortesananas arrancadas en apariencias á su brusquedad militar, y la del diestro Vinet, no tardaron en alcanzar á Petrilla. Encerrada siempre en casa, ó saliendo únicamente en compañía de su vieja prima, Petrilla, aquella bonita ardilla, se vió á cada momento advertida por un «¡No toques eso, Petrilla!» y por sermones continuos acerca de la manera de conducirse. Si Petrilla se encorbaba un poco, su prima quería verla derecha como ella, que parecía un soldado presentando las armas á su coro-

nel, y le aplicaba á veces algunos golpecitos en la espalda para que se irguiese. La libre y gozosa hija del Marais aprendió á reprimir sus impulsos y á imitar á un autó-mata.

Una noche, que se notó el principio del segundo período, Petrilla, que no había sido vista en el salón durante la velada por ninguno de los concurrentes á él, se presentó á abrazar á sus parientes y á dar las buenas noches á la compañía antes de ir á acostarse. Silvia presentó fría-mente su mejilla á aquella encantadora niña como para desembarazarse de su beso. El gesto fué tan cruelmente significativo, que las lágrimas brotaron de los ojos de Petrilla.

—¿Te has picado, Petrilla mía?—le dijo el atroz Vinet.

—¿Pero que le pasa á usted?—le preguntó severamente Silvia.

—Nada,—dijo la pobre niña yendo á besar á su primo.

—¿Nada?—repuso Silvia.—Nadie llora sin motivo.

—¿Qué tiene usted, hermosa mía?—le preguntó la señora Vinet.

—Mi prima rica no me trata tan bien como me trataba mi abuela pobre.

—La abuela de usted le ha gastado su pequeña fortuna, mientras que su prima le dejará la suya—dijo Silvia.

El coronel y el abogado se miraron á hurtadillas.

—Prefiero ser robada y querida—dijo Petrilla.

—Pues bien, ya se le enviará á usted adonde estaba.

—Pero ¿qué ha hecho la pobre?—preguntó la señora Vinet.

Vinet dirigió á su mujer esa mirada terrible, fija y fría de la gentes que ejercen un dominio absoluto. La pobre ilota, castigada incesantemente por no tener lo único que se exigía de ella, ó sea una fortuna, volvió á coger las cartas.

—¿Qué ha hecho?—exclamó Silvia levantando la cabeza con un movimiento tan brusco que los alefés de su gorro se agitaron.—No sabe qué inventar para contrariarnos: ha abierto mi reloj para conocer su mecanismo, ha tocado

una rueda y ha roto el muelle. Esta señorita no hacé caso de nada. Todo el día estoy advirtiéndole que mire lo que hace, y es como si le hablase á este quinqué.

Petrilla, avergonzada de verse regañada en presencia de extraños, salió muy despacito.

—Siempre me pregunto cómo podríamos domar la turbulencia de esta niña—dijo Rogrón.

—Ya es bastante grande para mandarla á un colegio,—dijo la señora Vinet.

Una nueva mirada de Vinet impuso silencio á su mujer, á la cual se había guardado muy bien de confiar los planes que él y el coronel se habían formado acerca de los dos solterones.

—He ahí lo que es encargarse de hijos ajenos—exclamó el coronel.—Ustedes todavía podrían tenerlos propios. ¿Por qué no se casan?

Silvia miró con agradecimiento al coronel: por la primera vez en su vida encontraba un hombre á quien no le parecía absurda la idea de que ella pudiera casarse.

—La señora Vinet tiene razón—exclamó Rogrón.—Eso acaso hará que Petrilla siente la cabeza. ¡Un maestro no costará gran cosa!

Las palabras del coronel preocupaban de tal modo á Silvia, que ésta no respondió á Rogrón.

—Si ustedes quisiesen prestar únicamente la fianza del periódico de oposición de que hablábamos, encontrarían un maestro para su prima en el editor responsable, pues tomaríamos á ese pobre maestro de escuela víctima de las ambiciones clericales. Mi mujer tiene razón. Petrilla es un diamante en bruto que es necesario pulir—dijo Vinet á Rogrón.

—Yo creía que era usted barón—dijo Silvia al coronel mientras daba las cartas y después de una larga pausa mediante la cual quedaron pensativos todos los jugadores.

—Sí; pero nombrado en 1814, después de la batalla de Nangis, donde mi regimiento hizo milagros, ¿he tenido acaso el dinero y las protecciones necesarias para ponerme en regla en la cancillería? Ocurrirá con la baronía

como con el grado de general que obtuve en 1815; es necesario una revolución para que yo los rescate.

—Si ustedes pudiesen garantizar la fianza mediante una hipoteca, yo podría prestársela—respondió por fin Rogrón.

—Pero eso puede arreglarse con Cournant—replicó Vinet.—El periódico hará triunfar al coronel, y contribuirá á hacer el salón de ustedes más poderoso que el de los Tiphaine y compañía.

—¿Cómo? ¿de qué modo?—dijo Silvia.

En el momento en que el abogado, mientras su mujer daba las cartas, explicaba la importancia que el coronel, Rogrón y él adquirirían mediante la publicación de una hoja para el distrito de Provins, Petrilla se deshacía en llanto, su corazón y su inteligencia estaban de acuerdo: encontraba á su prima más culpable que ella. La niña del Marais comprendía instintivamente cuán absolutos deben ser la caridad y la beneficencia, y odiaba sus hermosos vestidos y todo cuanto se hacía por ella. ¡Le vendían los beneficios demasiado caros! Lloraba de despecho por haber dado ligeros motivos para que la riñesen y tomaba la resolución de portarse de manera de reducir á sus parientes al silencio: ¡pobre niña! Entonces comprendía cuán grande había sido Brigaut al entregarle sus economías; creía su desgracia llegada al colmo y no sabía que en aquel momento se decidía en el salón un nuevo infortunio para ella. En efecto, algunos días después, Petrilla tuvo un maestro, y se vió reducida á aprender á leer, á escribir y á contar. La educación de Petrilla produjo enormes gastos en la casa de los Rogrón. La tinta sobre las mesas, sobre los muebles, sobre los vestidos; después, los cuadernos de escritura, las plumas desparramadas por todas partes y los libros desgarrados y desencuadrados mientras aprendía sus lecciones. Le hablaban ya en malísimos términos de la necesidad de ganarse el pan y de no ser una carga para nadie. Escuchando estas horribles amonestaciones, Petrilla sentía un dolor en la garganta producido por una contracción violenta, y su corazón latía



precipitadamente. La pobre huérfana estaba obligada á ocultar su llanto, pues le pedían cuenta de sus lágrimas cual si fuesen una ofensa á la bondad de sus magnánimos parientes. Rogrón hacía la vida que le era propia: reñía á Petrilla como antaño á sus dependientes, iba á buscarla en medio de sus juegos para obligarla á estudiar, le hacía repetir las lecciones y era, en fin, el feroz maestro de aquella pobre niña. Silvia, por su parte, consideraba un deber enseñar á Petrilla lo poco que ella sabía de labores de mujer. Ni Rogrón ni su hermana tenían buen carácter. Estos espíritus mezquinos experimentaban, por otra parte, un placer real en contrariar á aquella pobre niña, y pasaron insensiblemente de la dulzura á la más excesiva severidad. Esta severidad fué originada por la pretendida mala voluntad de aquella niña, que, como había empezado demasiado tarde, tenía la cabeza dura. Sus maestros ignoraban el arte de dar á las lecciones una forma apropiada á la inteligencia del discípulo, lo cual marca la diferencia que existe entre la educación particular y la pública; la suerte que la falta era más bien de sus maestros que de Petrilla, la cual invirtió una infinidad de tiempo en aprender las primeras letras. Por un nada, era llamada bestia estúpida, necia y torpe. Petrilla, maltratada incesantemente con palabras, no encontró en sus dos parientes más que miradas frías, y tomó la actitud alelada de las ovejas viendo siempre sus acciones mal juzgadas, mal acogidas y mal interpretadas, no se atrevió á hacer nada, y esperando las órdenes de su prima en todo, guardó sus pensamientos para ella y se encerró en una obediencia pasiva. Sus brillantes colores comenzaron á extinguirse; se quejaba á veces de sufrir, y cuando su prima le preguntaba: «¿Dónde te duele?» la pobre niña, que sentía dolores generales, respondía: «En todas partes».

—Nunca he visto á nadie sufrir en todas partes. Si fuera cierto, ya estaría usted muerta—le decía Silvia.

—Se siente dolor en el pecho,—decía Rogrón el crítico.—se siente dolor en las muelas, en la cabeza, en los pies y en el vientre; pero nunca he visto á nadie tener dolor

todo el cuerpo. ¿Qué es eso de en todas partes? Tener dolor en todas partes, es no tenerlo en ninguna. ¿Sabes tú lo que haces? hablar para no decir nada.

Petrilla acabó por callarse al ver que sus sencillas observaciones de joven eran acogidas con vulgaridades que su buen sentido le hacía ver ridículas.

—Te quejas, y yo veo que tienes un apetito de loba,—le decía Rogrón.

La única persona que no hería nunca á aquella flor delicada era la criadota Adela. Esta iba á calentar el lecho de la joven, pero lo hacía á escondidas desde el día en que, sorprendida cuando daba este gusto á la joven heredera de sus amos, había sido regañada por Silvia.

—A los niños hay que acostumbrarlos á todo para que se críen fuertes. ¿No lo somos acaso mi hermano y yo?—dijo Silvia.—Sería usted capaz de hacer de Petrilla una *miriflor*.

Esta palabra era empleada en el vocabulario de Rogrón para señalar á las gentes enfermizas y delicadas.

Las expresiones cariñosas de aquel ángel eran recibidas como muecas. Las rosas de afecto que se elevaban tan frescas y lindas en aquella alma joven y que querían brotar al exterior, eran aplastadas sin piedad ninguna. Petrilla recibía los golpes más duros en los lugares más tiernos de su corazón. Si intentaba halagar con mimos á aquellas dos feroces naturalezas, era acusada de entregarse por interés á aquellas ternezas.

—Dime en seguida lo que quieres, pues no vienes á acariciarme sin objeto—exclamaba brutalmente Rogrón.

Ni el hermano ni la hermana admitían afecto, y Petrilla era todo cariño. El coronel Gouraud, deseoso de agradar á la señorita Rogrón, le daba la razón en todo lo concerniente á Petrilla. Vinet apoyaba igualmente á los dos parientes en todo lo que decían contra su prima, y atribuía las pretendidas travesuras de aquel ángel á la testarudez del carácter bretón, asegurando al mismo tiempo que ningún poder ni ninguna voluntad podía domeñarlo. Rogrón y su hermana eran adulados con una finura excesiva por

estos dos cortesanos, que habían acabado por obtener de Rogrón la fianza del periódico titulado *El Correo de Provins*, y de Silvia cinco mil francos en acciones. El coronel y el abogado entraron en acción, colocaron cien acciones de quinientos francos entre los electores propietarios de bienes nacionales, á quienes los periódicos liberales hacían concebir temores, y entre los cortijeros y las gentes llamadas independientes. Es más, acabaron por salirse del departamento y ganar gente en algunos de los departamentos limítrofes. Como es natural, cada accionista se hizo suscriptor, y, además, los anuncios judiciales y otros se dividieron entre *La Colmena* y *El Correo*. El primer número del periódico hizo un pomposo elogio de Rogrón. Este era presentado como el Laffite de Provins. Cuando el espíritu público tuvo ya una dirección, fué fácil ver que las próximas elecciones serían reñidísimas, lo cual causó gran desesperación á la hermosa señora Tiphaine.

—Desgraciadamente—decía ésta leyendo un artículo dirigido contra ella y Julliard,—he olvidado que al lado de un tonto hay siempre un bribón, y que la estupidez atrae siempre á un hombre de talento de la especie de los zorros.

Desde que el periódico se extendió en un radio de veinte leguas, Vinet tuvo una levita nueva, botas, chaleco y pantalón decentes, se encasquetó el famoso sombrero gris de los liberales y dejó ver su blanca y reluciente ropa interior. Su mujer tomó una criada y vistió como debiera vestir la mujer de un hombre influyente. Por cálculo, Vinet fué agradecido. El abogado y su amigo Cournant, notario de los liberales y antagonista de Auffray, se convirtieron en consejeros de los Rogrón, á los cuales hicieron dos grandes favores. Los arriendos hechos por Rogrón padre en 1815, en circunstancias desgraciadas, iban á desaparecer. La horticultura se había desarrollado enormemente en torno de Provins, y, en vista de esto, el abogado y el notario trabajaron para procurar á los Rogron un aumento en sus rentas de mil cuatrocientos francos. Vinet ganó dos pleitos relativos á plantaciones de árboles contra

dos ayuntamientos, en los cuales pleitos se trataba de quinientos álamos. El dinero de los álamos y el de las economías de los Rogrón, que hacía tres años que colocaban seis mil francos anuales á enormes intereses, fué empleado hábilmente en la compra de varios terrenos. Finalmente, Vinet emprendió y llevó á cabo la expropiación de algunos de los aldeanos á quienes Rogrón padre había prestado dinero, y que se habían matado para cultivar y hacer producir á sus tierras, á fin de poder pagar, aunque en vano. El jaque dado al capital de los Rogrón por la construcción de la casa quedó, pues, ampliamente reparado. Sus bienes, situados en torno de Provins, escogidos por su padre como saben hacerlo los posaderos, y divididos en pequeñas parcelas, de las que la más considerable contaba cinco fanegas, fueron alquilados á gentes solventes, dando en el san Martín de noviembre de 1826 una renta de cinco mil francos. Los impuestos corrían á cargo de los arrendatarios, y no había nada que reparar ni que asegurar contra incendios. El hermano y la hermana poseían cuatro mil seiscientos francos cada uno al cinco por ciento, y como este valor estaba á la par, el abogado les aconsejó que lo empleasen en tierras, prometiéndoles, con ayuda del notario, que no perderían ni un céntimo de interés en el cambio.

Al final de este segundo período la vida fué tan dura para Petrilla, y la indiferencia de los concurrentes á la casa, las estúpidas riñas y la falta de afecto de sus parientes llegaron á ser tan grandes, que sintió soplar sobre ella el húmedo frío de la tumba, y formó el atrevido proyecto de marcharse á pie y sin dinero á Bretaña en busca de su abuelo y de su abuela Lorrain. Dos acontecimientos se lo impidieron. El honrado Lorrain murió, y Rogrón fué nombrado tutor de Petrilla por un consejo de familia celebrado en Provins. Si la abuela hubiese sucumbido primero, es de creer que Rogrón, aconsejado por Vinet, hubiese exigido los ocho mil francos de Petrilla, reduciendo así al abuelo á la indigencia.

—Es que usted puede heredar á Petrilla—le dijo Vi-

net con espantosa sonrisa.—¡Nadie tiene segura la vida!

Instruido por estas palabras, Rogrón no dejó en paz a la viuda Lorrain, deudora de su nieta, hasta después de haberle hecho asegurar á Petrilla la propiedad de los ochenta mil francos mediante una donación entre vivos, cuyos gastos fueron pagados por él.

A Petrilla le causó honda impresión aquella muerte, y en el momento en que recibía tan duro golpe, tratábase de que hiciese su primera comunión: he aquí el otro acontecimiento cuyas obligaciones retuvieron á Petrilla en Provins. Esta ceremonia necesaria y tan sencilla iba á producir grandes cambios en casa de los Rogrón. Silvia supo que el señor cura Peroux instruía á las hijas de Julliard, Lersourd, Garceland y otras, y, por vanidad, quiso que Petrilla fuese instruída por el propio vicario del cura Peroux, llamado Habert, hombre que pasaba por pertenecer á la congregación, muy celoso de los intereses de la Iglesia, muy temido en Provins y que ocultaba una gran ambición bajo una severidad de principios absolutos. La hermana de este sacerdote, mujer de unos treinta años, tenía en la villa un colegio de señoritas. Los dos hermanos se parecían: ambos eran delgados, amarillos, de cabellos negros y atrabiliarios. Como bretona criada en las prácticas y en la poesía del catolicismo, Petrilla abrió su corazón y sus oídos á la palabra de este imponente sacerdote. Los sufrimientos disponen á la devoción, y casi todas las jóvenes, movidas por una ternura instintiva, se inclinaban al misticismo, que es la parte profunda de la religión. El sacerdote sembró, pues, la semilla del Evangelio y los dogmas de la Iglesia en un terreno excelente, y cambió por completo las disposiciones de Petrilla. Esta amó á Jesucristo, presentado á las jóvenes en la comunión como un desposado celestial; sus sufrimientos físicos y morales tuvieron un fin, y quedó enseñada á ver en todo la mano de Dios. Su alma, tan cruelmente herida en aquella casa, sin que ella pudiese acusar á sus parientes, se refugió en aquella esfera adonde ascienden todos los desgraciados en alas de las tres virtudes teologales. La pobre niña aban-

donó, pues, sus ideas de huida. Silvia, asombrada de la metamorfosis operada en Petrilla por el señor Habert, sintió curiosidad, y desde entonces, al mismo tiempo que preparaba á Petrilla para la primera comunión, aquel sacerdote conquistó para Dios el alma de la señorita Silvia, extraviada hasta entonces. La solterona se hizo devota. Dionisio Rogrón, al que el pretendido jesuíta no pudo echar el guante, pues el espíritu de su majestad liberal fué el Constitucional 1.º era entonces más fuerte para ciertos necios que el espíritu de la Iglesia; Dionisio, repito, siguió siendo fiel al coronel Gouraud, á Vinet y al liberalismo.

Como es consiguiente, la señorita Rogrón trabó conocimiento con la señorita Habert, y simpatizó mucho con ella. Estas dos solteronas se amaron como dos hermanas que se aman. La señorita Habert se ofreció á tomar á Petrilla en su casa, á fin de evitar así las molestias y los trabajos de una educación; pero el hermano y la hermana le respondieron que la ausencia de Petrilla dejaría un gran vacío en la casa. El apego de los Rogrón á su primita llegó á parecer excesivo. Al ver que la señorita Habert entraba en aquella casa, el coronel Gouraud y el abogado Vinet atribuyeron al ambicioso vicario, en interés de su hermana, el plan matrimonial formado por el coronel.

—Su hermana quiere casarle á usted—dijo el abogado al ex mercero.

—¿Con quién?—preguntó Rogrón.

—Con esa vieja sibila de institutriz—exclamó el anciano coronel atusándose el bigote.

—Pues no me ha dicho nada—respondió sencillamente Rogrón.

Una solterona absoluta, como era Silvia, tenía que hacer grandes progresos en la senda del misticismo, y, como es natural, la influencia del sacerdote, apoyado por Silvia, que disponía de su hermano, iba á crecer en aquella casa. Los dos liberales, justamente alarmados, comprendieron que si el sacerdote había resuelto casar á su hermana con Rogrón, unión infinitamente más conveniente que la de Silvia con el coronel, impulsaría á Silvia á que se entre-

gase á las prácticas religiosas más violentas y haría meter á Petrilla en un convento. Aquellos dos hombres podían pues, perder el precio de diez y ocho meses de esfuerzos de cobardías y de adulaciones, y sintieron un espantoso y sordo odio contra el sacerdote y su hermana. No obstante para seguirles paso á paso, comprendieron la necesidad de no enemistarse con ellos. El señor y la señorita Habert que sabían jugar al *wisth* y al *boston*, acudieron á casa de los Rogrón todas las noches, y la asiduidad de los unos excitó la de los otros. El abogado y el coronel adivinaron en seguida que tenían que habérselas con adversarios tan fuertes como ellos, presentimiento del cual participaron también el señor y la señorita Habert. Esta situación respectiva era ya un combate. Así como el coronel hacía gustar á Silvia las inesperadas dulzuras de un matrimonio pues ésta había acabado por ver un hombre digno de ella en Gouraud, asimismo la señorita Habert envolvió al mercero en la red de sus atenciones, de sus palabras y de sus miradas. De ninguno de los dos partidos podía decirse esta gran palabra de elevada política: ¡Transijamos! Ambos querían la presa por entero. Por lo demás, los dos zorros de la oposicion de Provins, oposición que crecía cada vez más, cometieron la torpeza de creerse más fuertes que el sacerdocio, y fueron los primeros en hacer fuego. Vinet cuyo agradecimiento le fué recordado por los ganchudos dedos del interés personal, fué á buscar á la señorita Chargebœuf y á su madre. Estas dos mujeres poseían unos dos mil francos de renta y vivían penosamente en Troyes. La señorita Matilde Chargebœuf era una de esas magníficas criaturas que creen en los matrimonios por amor y que no cambian de opinión hasta que se encuentran solteras en el vigésimoquinto año de su vida. Vinet supo persuadir á la señora de Chargebœuf de que uniese sus dos mil francos con los mil escudos que él ganaba desde la fundación del periódico, y que se fuese á vivir en familia á Provins, donde Matilde se casaría, según dijo él, con un imbécil llamado Rogrón, y podría rivalizar, siendo como era despejada, con la señora Tiphaine. La unión de la

señora y de la señorita de Chargebœuf á la familia y á las ideas de Vinet dió una gran consistencia al partido liberal. Aquella fusión consternó á la aristocracia de Provins y al partido de los Tiphaine. La señora de Breautey, desesperada al ver extraviadas de aquel modo á dos mujeres nobles, les rogó que fuesen á su casa, criticó las faltas cometidas por los realistas y se puso furiosa contra los de Troyes al saber la situación de la madre y de la hija.

—¡Cómo! ¿no ha habido ningún noble anciano que haya querido casarse con esta perla, hecha para llegar á ser una hermosa castellana?—decía la señora de Breautey.—Es claro, le han hecho perder las esperanzas, y ahora se va á arrojar en brazos de un Rogrón.

La noble dama removió todo el departamento sin poder encontrar en él un solo noble capaz de casarse con una joven cuya madre sólo tenía dos mil francos de renta. El partido de los Tiphaine y el subprefecto se pusieron también, aunque demasiado tarde, en busca de algún pretendiente. La señora de Breautey tronó contra el egoísmo que devoraba á Francia, acusándolo de ser fruto del materialismo y del imperio concedido por las leyes al dinero: ¡la nobleza ya no era nada! ¡la belleza nada tampoco! ¡Unos Rogrón, unos Vinet, libraban combate al rey de Francia!

Matilde de Chargebœuf no sólo tenía sobre su rival la ventaja irrefutable de la belleza, sino también la del vestir. Esta joven era extraordinariamente blanca. A los veinticinco años, sus espaldas completamente desarrolladas y sus hermosas formas tenían una plenitud exquisita. La redondez de su cuello, la pureza de sus facciones, la riqueza de su cabellera rubia, la gracia de su sonrisa, la forma distinguida de su cabeza, el corte de su rostro, sus hermosos ojos, bien colocados bajo su distinguida frente, sus movimientos nobles y simpáticos, su talle esbelto aún, su hermosa mano y su diminuto pie, en una palabra, todo en ella estaba en armonía. Su salud le daba, sin duda, el aspecto de una criada de figón; «pero esto no debía de ser un defecto á los ojos de un Rogrón», según dijo la her-

mosa señora Tiphaine. La primera vez, la señorita de Chargebœuf se presentó vestida con mucha sencillez. Su traje de merino oscuro festoneado con encaje verde era escotado; pero una pañoleta de tul cubría sus hombros, su espalda y su pecho, entreabriéndose, sin embargo, por delante. Bajo este delicado tejido, las bellezas de Matilde resultaban aún más atractivas y seductoras. La noble joven se quitó, al llegar, su sombrero de terciopelo y su chal, y mostró sus bonitas orejas adornadas con pendientes de oro. Llevaba, además, una crucecita de oro pendiente de una cinta de terciopelo, que brillaba en su cuello como el anillo negro que la fantástica naturaleza pone en la cola de un Angora blanco. Conocía todas las malicias de las jóvenes casaderas: mover las manos levantando los brazos que no están caídos, mostrar sus puños rogando al Rogrón que le abrochase un guante, á lo cual se negaba aquel infeliz deslumbrado, ocultando así sus emociones bajo una falsa indiferencia. La timidez del único amor que este mercero debía experimentar en su vida tuvo siempre las apariencias del odio. Silvia, lo mismo que Celesta Habert, se sorprendieron ante aquella actitud; pero no así el abogado, que era el hombre superior de aquella estúpida sociedad, y que no tenía más adversario que el sacerdote, pues el coronel fué aliado suyo durante mucho tiempo.

El coronel, por su parte, obró desde entonces con Silvia como Matilde con Rogrón. Se mudó de camisa todas las noches, púsose cuellos de terciopelo, sobre los cuales se destacaba perfectamente su cara marcial realzada por las dos puntas de cuello blanco de su camisa; adoptó el chaleco de piqué blanco y se encargó una levita nueva de paño azul donde brillaba su condecoración roja; todo ello bajo pretexto de hacer honor á la hermosa Matilde. Después de las dos de la tarde, dejaba de fumar. Sus cabellos grisáceos fueron echados hacia atrás en forma de honda, cubriendo su cráneo de color ocre. Finalmente afectó los modales y la actitud de un jefe de partido, de un hombre que se disponía á arrollar á los enemigos de Francia, á los Borbones.

El satánico abogado y el astuto coronel hicieron al señor y á la señorita Habert una jugada mucho más cruel aún que la presentación de la señorita de Chargebœuf, juzgada por el partido liberal y en casa de los Breautey como diez veces más hermosa que la bella señora Tiphaine. Estos dos grandes políticos de pueblo hicieron creer paulatinamente que el señor Habert estaba incondicionalmente de su parte, con lo cual no tardó Provins entero en hablar de él como de un sacerdote liberal. Llamado inmediatamente por el obispo, el señor Habert se vió obligado á renunciar á sus veladas en casa de los Rogrón; pero su hermana siguió yendo. El salón Rogrón quedó desde entonces constituido y se convirtió en una potencia.

Medio año después de esto, las intrigas políticas no fueron menos vivas en el salón de los Rogrón que las intrigas matrimoniales, y si los intereses sordos y ocultos en los corazones libraron encarnizados combates, la lucha política adquirió fatal celebridad. Todo el mundo sabe que el ministerio Villele fué derribado por las elecciones de 1826. En el colegio de Provins, Vinet, candidato liberal, á quien el señor Cournant había procurado el censo para la adquisición de un dominio cuyo importe dejó á deber, estuvo á punto de vencer al señor Tiphaine. El presidente sólo obtuvo una mayoría de dos votos. A las señoras Vinet y Chargebœuf, á Vinet y al coronel, se reunieron á veces el señor Cournant y su mujer, y además el médico Neraud, hombre cuya juventud había sido muy borrascosa, pero que veía muy seriamente la vida, y que se había entregado, según se decía, al estudio, contando, como es consiguiente, con muchos más conocimientos que el señor Martener. Los Rogrón no comprendían su triunfo, como no habían comprendido su ostracismo.

La hermosa Matilde de Chargebœuf, á la que Vinet señaló á Petrilla como enemiga, mostrábase horriblemente desdenosa con ella. El interés general exigía el rebajamiento de aquella pobre víctima. La señora Vinet, impedida por implacables intereses que ella había acabado por comprender, no podía hacer nada por esta niña. A no ser